

sostuvo los ánimos é impidió que se abandonasen á la desesperacion.

Entregó esta jornada la Grecia á merced de Philipo, que se divertia y cantaba en alta voz en medio de las copas de los festines el decreto dado por Demóstenes. Pero el orador Demado, su prisionero, le dijo: *Si la fortuna te permite ser Agamenon, ¿por qué quieres mostrarte Ther-sito?* Esta justa reprimenda hizo entrar en sí mismo al rey de Macedonia, que, tomando un aire de generosidad, envió los prisioneros libres á Atenas; renovó con ella los tratados, concedió la paz á los beocios, pero dejando guarnicion en Tebas.

Juraba, no obstante, Demóstenes por las sombras de los héroes muertos en Platea, Artemisa y Salamina, que no habian cometido culpa los atenienses haciendo la guerra, creyeronlo, y fué tal la fé en sus palabras, que le encargaron de la fortificacion de Atenas decretándole una corona de oro que le fué vivamente disputada por Eschino.

Corria la voz de que Artajerjes VIII, nuevo rey de Persia, se disponia á atacar á Atenas para castigarla de haber sostenido la rebelion del sátrapa Farnabazo. Encontró (337) en ello Philipo una ocasion favorable de poner en ejecucion el gran designio que meditaba, el de armar toda la Grecia contra el Asia y completar el último acto de la gran tragedia médica, dejando para siempre fuera de combate á un enemigo que, primero con las armas, y despues con sus intrigas, no habia dejado de ser funesto á los griegos. No tuvo Philipo más objeto en esto que su personal ambicion; era, no obstante, un proyecto magnánimo; ninguna otra guerra podia reunir toda la Grecia en una sola federacion; tenia ultrajes, tanto antiguos como modernos, que vengar, deseaban las ciencias adquirir nuevos conocimientos, y los aventureros anhelaban nuevos combates; la retirada de los Diez mil, la expedicion de Agesilao, las tentativas de Jason de Phéres demostraban que era posible y hasta fácil derribar el trono de Ciro.

¿Quién mejor que Philipo podia ponerse al frente de tan grande empresa? ¿Quién otro podia poner á los oradores en su favor y á los oráculos adoctrinados? Consábase Demóstenes en clamar:—*¿Por qué no despreciáis á ese Phi-*

*lipo? Lejos de ser griego, nada tiene de tal, ni siquiera ha nacido de la sangre ilustre de los bárbaros; vil macedonio, desciende de un país de donde no nos ha llegado nunca ni un esclavo que valiera algo;* el patriotismo extraviaba su juicio ó exageraba la expresion de su pensamiento.

Corrompido y corruptor, prodigando el oro á bufones, á corredores é impúdicos tesalios, profundo en el arte de disimular y fingir, generoso por cálculo y de una descarada mala fé, despreciaba Philipo al género humano á quien creia poder fácilmente comprar ó espantar; mas en medio de sus vicios se manifestó algunas veces digno discípulo de Epaminondas. No era un bárbaro el que se complacia en oír decir la verdad cuando su voz es tan importuna á los oídos de los grandes; llegó á decir que los oradores de Atenas le habian hecho un eminente servicio reprimiéndole sus defectos, pues de esta manera podria corregirse de ellos. Un prisionero que se iba á vender le dirigió varios cargos; entonces dijo:—*Poned á este en libertad, que no sabía que fuerá de mis amigos.* Como se le excitase á que castigara á uno que habia hablado mal de él, replicó:—*Veamos primero si le hemos dado motivo.* Una mujer á quien habia condenado al salir de un banquete, exclamó:—*Apelo á Philipo en ayunas.* Volvió á revisar el asunto, y decretó con más justicia. Otra, á la cual rehusaba audiencia, diciéndole:—*No tengo tiempo,* le respondió:—*Deja entonces de ser rey.* Acababa Democharés, embajador de Atenas, con bastante insolencia la mision que se le habia confiado, cuando habiéndole preguntado Philipo al despedirle si no podia hacer algo en favor de la república, obtuvo por respuesta:—*Si, ahocarte.* Indignados los presentes, se disponian á castigarle, cuando Philipo les dijo:—*Dejad en paz á ese bufon;* y dirigiéndose á los demas embajadores:—*Decid á vuestros compatriotas que el que insulta de esa manera es bien inferior á aquel que perdona teniendo poder para castigarle.*

Era más bien amigo de sus soldados que su general. Hermoseó á Pella con nuevos edificios, protegió las letras y bellas artes, honró el mérito hasta en sus enemigos, inspirándole su ambicion el deseo de introducir en sus estados la industria y la elegancia de las que tanto se habia alabado la Grecia. Con motivo del naci-

miento de Alejandro (356), su heredero presuntivo escribió á Aristóteles:—*Tengo un hijo, doy gracias á los dioses particularmente porque me le han concedido viviendo tú. Espero que quieras hacerle digno de sucederme.*

En el transcurso del tiempo repudió á Olimpias, hija del rey de los molosos y madre de Alejandro para casarse con Cleopatra; habiendo dicho Atalo, tío de esta segunda reina, en un banquete que ella daria á Philipo un heredero legítimo:—*Pues qué soy yo bastardo?* exclamó el jóven Alejandro y le arrojó una copa á la cabeza. Irritado Philipo se levantó para castigarle; pero el vino que con exceso habia bebido le hizo vacilar, y tropezando en las camisas cayó al suelo. Alejandro empezó á burlarse:—*Quieres pasar de Europa á Asia,* le dijo, *cuando no sibes; tenerte en pie de una cama á otra.* Esta circunstancia le indispuso con su padre y le fué preciso salir del reino. Sea por efecto de su venganza ó de la de Olimpias, ó por instigacion de la Persia, deseosa de conjurar la tempestad que le amenazaba, ó por resentimiento personal, un tal Pausanias asesinó á Philipo mientras se verificaban las fiestas con motivo del casamiento de su hija (336). Tenia de edad cuarenta y siete años y habia reinado veinticuatro.

### CAPÍTULO XIII

Alejandro Magno.

No teniendo los atenienses otra esperanza que la muerte de Philipo, pensaban poder respirar al fin bajo su hijo Alejandro; persuadidos de que iban á habérselas con un príncipe inhábil y vano, se entregaron á insolentes regocijos al saber la noticia del asesinato; olvidando Demóstenes haber dicho:—*Si Philipo muere, pronto crearáis otro nuevo,* se presentó coronado de flores y hasta propuso que se votaran acciones de gracias á los dioses y coronas á Pausanias; pero Phocion decia:—*El ejército que nos venció en Cheronea no se ha disminuído sino en un solo hombre.*

Le estaba reservado á Alejandro realizar con más grandeza los proyectos de su padre, pues se habia aprovechado de sus lecciones políticas, como de las de Aristóteles en ciencias, para en-

derezar su ambicion á un fin elevado; hubo de aguijonear más todavía esta ambicion la lectura habitual de la Iliada, á que llamaba guia del arte militar, y cuyos héroes, más ó ménos que hombres, echaron á perder quizá el carácter del que era más digno de regenerar á la Grecia. Preguntáronle un dia si disputaria el premio de los juegos olímpicos á imitacion de su padre:—*Si,* respondió, *cuando los competidores sean reyes.* Al ver á los embajadores de Persia en la córte de Macedonia, no se informó ni del lujo ni de los recibimientos fastuosos, ni del trono de oro de su soberano, sino de las fuerzas, de las distancias y de los caminos del reino, á lo que le contestaron:—*Nuestro schat es rico; pero Alejandro llegará á ser grande.* Cuando oía hablar de las conquistas de Philipo, exclamaba suspirando:—*Se apoderará de todo y no me dejará adquirir nada.*

La poca reputacion de que gozaba entre los griegos hacia depender hasta cierto punto su destino venidero de su entrada en escena. Escribió á Demóstenes que no le habia perdonado sus ofensas: *Me trataste de niño cuando me encontraba en el país de los triballos; de mozalvete cuando pasé á Tesalia; ya hombre, espero presentarme dentro de pocos dias bajo los muros de Atenas.* Primeramente marchó contra los triballos, los ilirios, los getos y los tracios, para castigarlos por haber osado rebelarse; habiéndose aumentado despues sus fuerzas con la caballeria ligera que le proporcionaron los últimos, y especialmente los agrios, se encaminó á la Grecia, sublevada en contra suya. Tebas, que habia degollado á la tropa que la guarnecia, fué reducida á un monton de escombros (335); fueron vendidos treinta mil de sus ciudadanos; no perdonó más que á los sacerdotes y á los descendientes de Pindaro. Violentada por un soldado tracio una mujer tebana, le precipitó en un pozo: mandósele comparecer ante Alejandro, á quien dijo:—*Soy Timoclea, viuda de Teágenes, muerto en Cheronea, lidiando contra tu padre por la libertad de Grecia.* Alejandro la admiró.

Espantada entonces Atenas, se apresura á solicitar la paz: se la otorga á condicion de que habian de entregarle á Demóstenes, Iperido, Licurgo, Charidemo y otros instigadores de la rebeldía; pero habiéndose trasladado Demado cerca de él, consiguió que les perdonase, y se

contentó con el destierro de Charidemo que buscó refugio cerca de Darío.

Invistieron los anfictyonos á Alejandro con el mando general de la Grecia, que ya había desempeñado su padre; reunida la asamblea en Corinto, le declaró jefe de la expedición contra Persia. Le respondió la Patia:—*Nada hay que te resista, hijo mio*. Acudieron á darle el parabien poetas, filósofos y oradores; Diógenes el cínico fué el único que se abstuvo. Habiendo ido donde él estaba, y preguntándole qué podía hacer que le fuese grato, le dijo: *Apártate á un lado á fin de que pueda aprovecharme del sol*.

Si la expedición de Persia proyectada por Filipo, no la consideraba éste más que como un medio, era el fin principal que se proponía seguir Alejandro. Confió á Antipatro el gobierno de Macedonia, se granjeó la voluntad de los generales, dándoles cuanto poseen y reservándose para sí sólo la esperanza; y con treinta y cinco mil hombres selectos, guiados por capitanes experimentados, setenta talentos y víveres para un mes, se pone en marcha para dar cima á la más vasta empresa que habían concebido hasta entonces los europeos.

Aquel ejército, ya preparado por Filipo, se componía de armas de todas clases. Las fuerzas macedónicas que formaban el núcleo estaban sostenidas por la caballería pesada, formidable cuerpo á que no podía oponer Grecia nada que se le pareciese; por su armadura, por su número y por su destreza en las maniobras era así mismo superior á la caballería romana; entre la nobleza macedónica se habían escogido los ginetes; y entre el pueblo se había reclutado la infantería que formaba la falange representándole de tal modo que se la juntaba para fallar sobre un capital delito. A falta del amor á la libertad tenían aquellos nobles macedonios por móviles el orgullo nacional y el sentimiento de sus propios derechos. Lejos de ser instrumentos ciegos en manos de un jefe, hacían la guerra como un pueblo mercader contra otro pueblo; así es que Alejandro se vió obligado á retroceder camino, luego que ya no quisieron seguirle.

Elegidos los argiraspilos entre la nobleza inferior, venían á ser punto intermedio entre la infantería pesada y los peones armados á la ligera; peleando con una lanza y un escudo de

más cómodo manejo, eran más fáciles sus evoluciones. Servían los demás pueblos en el arma en que eran más temibles: en las tropas ligeras los odrisos, los triballos, los ilirios; en la caballería pesada los de Tesalia, los tracios y los peonios de exploradores, á estilo de los tiroleses y de los panduros; por lo demás no llevaban mujeres ni niños, y si sólo algunos carros para el transporte de bagajes.

Dirijamos una mirada á los que van á ser asaltados. Ya hemos visto que desde la muerte de Jerjes iban declinando los persas. Salidos nómadas y guerreros de las montañas natales, levantaron sobre las ruinas de la Media un imperio, cuya organización tenía mucho de su estado primitivo de vagabundaje armado; al civilizarse no perdieron la manía de las conquistas, y cada vez fueron á llevar á más distancia cadenas y devastaciones: tristes monumentos de su pujanza fueron las ruinas de Babilonia, de Tebas, de Egipto, de Sidon, de Atenas; sus conquistas fomentaron el número de sus enemigos. A veces fueron á chocar contra pueblos como los de Grecia que los destrozaron completamente; más afortunados contra otras naciones quedaron triunfantes; pero un vasto imperio no es una creación natural, y entre veinte pueblos diferentes no hay posibilidad de fundirse en esa unidad que es la única que puede dar sólida fuerza.

En cambio habían contraído los vicios de la civilización, y como acaece de continuo quedaron enervados los vencedores por la molición corrompida de los vencidos, aceptaron el yugo del despotismo de los medos; sus reyes fueron rodeados de mujeres y de eunucos, y su historia es un continuo tejido de intrigas, de conjuras y de rebeldías. Entretanto, los sátrapas distantes ó independientes ejercían sobre los pueblos una insoportable tiranía, y si el monarca quería ponerle freno se declaraba al punto rebelde, porque hay en el despotismo un no sé qué de violento y de desordenado, que opone á menudo al derecho la osadía de la fuerza ó las perfidias del disimulo.

Casi nada alteraron las conquistas de los persas en el Asia Menor su carácter y sus costumbres; no hicieron más que poner en comunicación países muy desbaratados, y agitar la Grecia con las facciones que suscitaron en su

recinto. La vergonzosa paz de Antalcidas aseguró á la Persia aquella porción del Asia, con Chipre y Clazomena. La dominación fué mucho ménos disputada de resultas de haber abitado á Lacedemonia la aparición de Epaminondas, si bien no estaban tan sosegadas otras provincias. Los cadusios, moradores del Cáucaso, derrotaron á Artajerjes II (334), el Egipto se rebeló en tiempo de su rey Nectanebo I (374), y la Persia no pudo reducirlo otra vez á la obediencia, sino llamando en su auxilio las armas griegas; pero abortó la expedición tan luego como Ificrates y Artabazo dejaron de obrar acordes. Aún vivía Artajerjes cuando se disputaban su sucesión sus tres hijos, sostidos por las intrigas de un serrallo, de que un rey anciano venía á ser el primer esclavo. Insurreccionóse la parte occidental del imperio á la par que los gobernadores de Siria y del Asia Menor hicieron lo propio, secundados por Taco, rey de Egipto (362); pero Darío, el primogénito de los príncipes fué muerto, y las tentativas de los otros dos hermanos quedaron desbaratadas por la traición de Oronto, uno de sus principales parientes, granado por el cro de la corte de Persia.

Ocho, el último de los hijos del gran rey sucedió á su padre con el nombre de Artajerjes III (362), y se afirmó en el trono con la matanza de toda la familia real, haciendo sepultar á su propia hermana y degollar á los personajes más ilustres (353). Entretanto Artabazo, sátrapa del Asia Menor, logró sostenerse con ayuda de los tebanos, y el porté de Philipo en aquella ocasión permitió columbrar los designios que meditaba respecto del Asia. También se sublevaron los cipriotas y los fenicios despues de aliarse con Egipto, si bien les sujetó otra vez al yugo de Persia la traición, y más que todo las armas griegas. Sidon fué entregada por Mentor, caudillo de los confederados; esta ciudad fué destruida (354), y la Fenicia dominada. Phocion y Evágoras le ayudaron á tomar á Chipre; por último, habiéndose encaminado Artajerjes en persona á Egipto con las tropas mercenarias, venció á Nectanebo II, cerca de Pelusa, destruyó templos y archivos, y redujo el país á provincia de Persia.

Aquella era la última llamarada de una antorcha próxima á apagarse. Se apoderaron de toda la autoridad el traidor Mentor y el eunuco

Bagoas, no dejando á Artajerjes más que un título vano, hasta el momento en que á Bagoas le plugo envenenarle (328). Su homicida hizo morir igualmente á todos sus hijos, á excepcion de Arses, el menor de todos, á quien dejó la vida para reinar en su nombre. Dos años más tarde cortó asimismo el hilo de sus días, y dió la corona á Darío Codomano, deudo lejano de la real familia.

Mucho se engañó si pudo creer que le sirviera como dócil instrumento. Darío, que no había sido educado en la molición del serrallo como sus predecesores, hizo renacer las virtudes de un hombre y de un monarca: empezó por castigar al infame Bagoas, y se mostró capaz de restablecer el poderío de los persas, si la empresa hubiera sido todavía posible, y si desde el segundo año de su reinado, mal consolidado, no hubiera caído Alejandro sobre sus estados (334).

Al principio pareció como si la fortuna quisiera castigar la temeridad del macedonio, colocando al general rodio Memnon cerca de Darío. Conociendo harto bien aquel hábil guerrero que los persas habían perdido mucho de su valor y disciplina, les aconsejó que opusieran al enemigo el género de guerra que hizo zozobrar á Napoleon en Rusia; devastar el país, evitar las batallas en formación correcta y hacer víctima del hambre al ejército de Alejandro. Semejantes actos no se podían consumir sino por una tiranía absoluta ó por un ferviente patriotismo; así es, que el sátrapa de Frigia se negó á ello por amor á sus jardines, por sus riquezas y por su serrallo. Entonces Memnon resolvió llevar la guerra á Macedonia, esperando, y no sin razón, que por rivalidad y á precio de oro le sostendrían los griegos contra el formidable hijo de Filipo. Pero éste precave su intento, atravesando con extremada rapidez el Helesponto, y pasando el Gránico (Lazzara), á la vista del enemigo, á quien derrota. Esta victoria era ménos importante por sí misma que por la muerte de Memnon, única esperanza de la Persia. En parte podía reemplazar á aquel general el ateniense Charidemo, que, desterrado de su patria, como hemos dicho, auxiliaba á Darío con sus consejos; pero el monarca le condenó á muerte por haberle invitado á que no expusiera su persona en los combates.

Alejandro restituye al Asia Menor su independencia (333), política que no supo imitar Napoleón con respecto á Polonia; manda restablecer el gobierno popular en todas partes, ordena la reconstrucción del templo de Efeso, y á fin de demostrar á Grecia que no vence solamente para sí, envía una porción de botín á Atenas; despues, bajo los auspicios de sus primeros triunfos, prosigue su fácil empresa.

En vez de aguardarle Darío en las vastas llanuras de la Asiria, donde podia desplegar sus innumerables tropas, se mete por medio de desfiladeros y queda completamente derrotado en Issó (333), donde lilia en persona hasta que ve caer los caballos de su carro traspasados de heridas. Parece que hasta despues de esta victoria no concibió Alejandro el designio de derrocar totalmente el trono de Persia; rehusa las proposiciones de paz, y tan seguro se cree de la victoria que en vez de perseguir á Darío, piensa en afirmarse el imperio del mar asediando á Tiro.

Habia sido edificada la nueva Tiro despues que Nabucodonosor destruyó la antigua, en una isla vecina, y parecia inexpugnable sin el auxilio de una escuadra. Pero Alejandro tenía hábiles ingenieros en toda clase de trabajos militares y un valor que fomentaban los obstáculos que se oponian á sus proyectos. Con el auxilio de un dique, interrumpido á menudo por las salidas y por las tempestades, logra juntar la isla al continente, y se apodera de la ciudad á los siete meses de obstinados ataques y de tenaz resistencia; son pasados á cuchillo ocho mil ciudadanos, treinta mil puestos en venta, y ahorcados dos mil jóvenes despues de haberdepuesto las armas, y sobre las humeantes ruinas de la reina del mar, se vé al despóta de un canton de la Grecia ofrecer sacrificios al Hércules Tirio. Igual suerte se prepara á Jerusalem por haber permanecido fiel á los fenicios; pero Gad, gran sacerdote de los hebreos, llegó á su presencia con toda la majestad de las vestiduras sacerdotales y logró aplacarle.

Betis se resistió intrépidamente en Gaza; más vencióle Alejandro, y acordándose del Aquiles de Homero, más bien que del respeto debido al valor infortunado, mató cruelmente á aquel denodado guerrero, le arrastró en rededor de la ciudad, mandó degollar á diez mil

ciudadanos y vender á las mujeres y á los niños.

Desde allí pasa Alejandro á Egipto, sublevándolo sin muchos afanes contra los persas, á quienes tenía el país especial saña por su intolerancia respecto de la idolatría. Cuando pisó aquel territorio el general Bonaparte mandó fijar en los sitios públicos una proclama escrita en el idioma usual y concebida en esta forma: «Pueblos de Egipto, si os dicen que he venido á destruir vuestra religion, no lo creais; responded que he venido á restituiros vuestros derechos, á castigar á los usurpadores, y que venero á Dios, su profeta y el Corán más que los mamelucos... Cadis, jeques, imanes, schorbais decid al pueblo que tambien nosotros somos musulmanes verdaderos. ¿No hemos deprimido al papa que nos predicaba hacer la guerra contra los musulmanes? ¿No hemos destruido á los caballeros de Malta por creer los insensatos que la voluntad de Dios era hacer la guerra á los musulmanes?»

La política que dictaba esta proclama al Alejandro de nuestros dias inspiró al de la antigüedad el restablecimiento de las leyes y del culto de los egipcios, le indujo á dar testimonio de su respeto á los dioses, como lo habia dado á los oráculos de Grecia, al Melcarte tirio, al Adonái de los hebreos, y le determinó por último, á arrostrar nuevos peligros y á cruzar las arenas del desierto para ir á visitar en el Oasis el templo de Júpiter Ammon, de quien se proclamaba hijo.

No era este su único rasgo de semejanza con Napoleón; procurando como éste hacer que la guerra fuese provechosa á las artes de la paz, llevaba consigo un estado mayor, como se diria ahora, compuesto de una seccion de geógrafos y otra de ingenieros, para levantar los planos, tomar las medidas, preparar los campamentos y los medios de ataque. Otros recogian todos los objetos raros que encontraban para enviárselos á Aristóteles que de este modo pudo escribir sobre la historia natural; los filósofos examinaban la doctrina de los pueblos vencidos; los historiadores tomaban nota de los hechos cotidianos.

Alejandro, cuya vista se fijaba en todo, observó cierto dia un lago llamado Mareótidas, que recibiendo las aguas del Nilo y comunicándose con el mar, le pareció muy favorable

para construir un puerto. Allí fundó una ciudad (331), trazó el plan de ella el arquitecto Sostrato de manera que circulando en las calles los vientos ctesios conservaban la atmósfera pura. Alejandria, edificada en los límites del desierto, no pertenece al Egipto sino por el canal destinado á recibir el sobrante del Nilo, se comunica con Europa por el Mediterráneo, y cerca de allí la pone el golfo Árabe en aptitud de recibir los productos de la India; situación favorable como ninguna para llegar á ser centro de la navegacion y del comercio. Tal fué en efecto Alejandria; conservóse á través de los siglos y de sus revoluciones, y todavía es hoy mercado de todo el comercio entre Egipto y el Mediterráneo.

Una fortuna tan constantemente propicia á su adversario hizo desear á Darío la paz, y por consiguiente sus proposiciones eran en extremo generosas; Alejandro se negó á todo. Pasa el Eufrates y el Tigris, y avasalla fácilmente al Asia Inferior, que floreciente y tranquila, no toma pesadumbre por la caída de sus dominadores.

En la llanura de Arbellas, avista el ejército disciplinado y decidido de Alejandro (1.º de Octubre de 331) á la innumerable falange de Darío, tropa de soldados mercenarios ó reclutados á la fuerza, arrastrando en pos de sí infinidad de mujeres, de eunucos, de tiendas, de bagajes, y la táctica triunfa del número nuevamente. En medio de tantos reveses, que habia procurado conjurar en vano, se mostró Darío digno de mejor suerte. Lidió como soldado, y envuelto despues en la fuga de sus tropas, dió más pruebas de generosidad que los napoleonianos en Leipsick y en Berecina, pues no quiso cortar el puente luego que lo hubo pasado, y rehusó confiar su defensa á los griegos mercenarios por no humillar á los persas, pero éstos le hicieron traicion; asesinado por Beso (330), sátrapa ambicioso, encargó en el momento de espirar á un macedonio que fuese á dar gracias á Alejandro por la manera generosa con que habia tratado á su mujer y á sus hijas prisioneras. Entonces, sin la menor resistencia, caen Babilonia, Suza, Ecbatana, en poder del conquistador, que en la embriaguez del triunfo y del vino, incendia á Persépolis, cuyas llamas anuncian que ha terminado el imperio de Ciro (329).

A la sazón se extiende el dominio de la pequeña Macedonia hasta el Yasaró. Se somete al vencedor la Bactriana, donde Beso habia intentado formarse un reino, y esta provincia y la Sogdiana, ambos puntos de parada para el comercio, acrecen la importancia de esta maravillosa conquista.

Pero la prosperidad fué para Alejandro, como para la mayor parte de los hombres, una carga demasiado pesada. Se abandonó en medio de sus victorias á excesos de todas clases, y la crápula le precipitó en extravagancias y crueldades vergonzosas. Vió grabada en una columna de bronce la órden de matar cada dia para el rey de Persia, cien bueyes, cuatrocientos gansos cebados, trescientas palomas torcaes, seiscientos pájaros, trescientos corderos, treinta gacelas, treinta caballos (tal vez para los sacrificios); era un gasto de 400 talentos por comida, para el alimento de quince mil individuos. Convidaba el rey de Persia por lo comun á su mesa á diez ó doce personas, pero comia solo en un gabinete, desde donde veia sin ser visto. No se ponía á la mesa con sus convidados mas que en las grandes solemnidades, y entonces era en un trono muy elevado, desde el cual les arrojaba los platos, llamándolos á su lado para beber vino de calidad inferior al suyo, no dejándolo hasta que estaban todos ébrios. Quiso imitar Alejandro este deplorable fausto, gastando en cada comida de 10 á 12.000 francos; convidaba á sesenta personas para hablar bajo un pié de igualdad, con la franqueza militar que favorece las libaciones báquicas; dispuso que toda la púrpura que se encontrara en Jonia se comprase para su corte, en la que quinientas personas llevaban este color distintivo de la dignidad real. Contenia su tienda de audiencia quinientas pequeñas camas, y se elevaba sobre ocho columnas de lo mismo que sostenian un pábulo ricamente bordado de oro; mantenianse constantemente quinientos guardias vestidos con un uniforme de púrpura y amaranto, mil de amarillo vivo y escarlata, otros de azul, además, quinientos macedonios llevaban el escudo de plata, y la silla en que se sentaba colocado en medio del pabellon era tambien de plata.

Es apenas creible lo que se dice de su liberalidad. Llovian las distinciones y prodigalida-